

preguntaron qué iba buscando a aquella hora y tan solo. A quienes Arriguccio, empezando con el cordel que había encontrado atado al dedo del pie de doña Sismonda hasta lo último que encontrado y hecho había, se los contó; y para darles entero testimonio de lo que había hecho, los cabellos que creía haberle cortado a su mujer se los puso en las manos, añadiendo que viniesen por ella y que le hiciesen lo que creyeran que correspondía a su honor, porque él no pensaba tenerla más en casa. Los hermanos de la mujer, muy enojados de lo que habían oído y teniéndolo por cierto, contra ella enardecidos, hechas encender antorchas, con intención de jugarle una mala partida, con Arriguccio se pusieron en camino y fueron a su casa. Lo que viendo su madre, llorando comenzó a seguirlos, ora a uno ora al otro rogando que no creyesen aquellas cosas tan súbitamente sin ver ni saber nada más, porque el marido podía por alguna razón estar enojado con ella y haberle hecho daño, y ahora decirles aquello en excusa de sí mismo, diciendo además que ella se maravillaba mucho de cómo podía haber sucedido aquello porque conocía bien a su hija, como quien la había criado desde pequeñita, y muchas otras cosas semejantes.

Llegados, pues, a casa de Arriguccio y entrando dentro, comenzaron subir las escaleras; y oyéndolos venir doña Sismonda, dijo:

–¿Quién anda ahí?

A quien uno de los hermanos repuso:

–Bien lo sabrás tú, mala mujer, quién es.

Dijo entonces doña Sismonda:

–¿Pero qué querrá decir esto? ¡Señor, ayúdame! –Y poniéndose en pie, dijo–: Hermanos míos, sed bien venidos; ¿qué andáis buscando a esta hora los tres aquí dentro?

Ellos, habiéndola visto sentada y cosiendo y sin ninguna marca en el rostro de haber sido golpeada, cuando Arriguccio había dicho que la había dejado machacada, algo al primer embite se maravillaron y refrenaron el ímpetu de su ira, y le preguntaron que cómo había sido aquello de lo que Arriguccio se quejaba de ella, amenazándola mucho si no les decía todo.

La mujer dijo:

–No sé qué deba deciros, ni de qué tenga que haberse quejado de mí Arriguccio.

Arriguccio, al verla, la miraba como estupidizado, acordándose de que le había dado tal vez mil puñetazos en la cara y la había arañado y le había hecho todas las maldades del mundo, y ahora la veía como si no hubiera pasado nada de aquello. En resumen, los hermanos le dijeron lo que Arriguccio les había dicho del cordel y de los golpes y de todo.

La mujer, volviéndose a Arriguccio, dijo:

–¡Ay, marido mío! ¿Qué es lo que oigo? ¿Por qué haces tenerme por mala mujer para tu gran vergüenza, cuando no lo soy, y a ti por hombre malo y cruel, que no eres? ¿Y cuándo has estado esta noche en casa, no ya conmigo? ¿O cuándo me pegaste? En cuanto a mí, no me acuerdo.

Arriguccio comenzó a decir:

–¿Cómo, mala mujer, no nos fuimos a la cama juntos anoche? ¿No he vuelto luego, después de haber estado corriendo tras tu amante? ¿No te he dado muchos golpes y cortado los cabellos? La mujer repuso:

–En esta casa no te acostaste anoche tú, pero dejemos

esto, que no puedo dar otro testimonio que mis palabras verdaderas, y vengamos a lo que dices que me pegaste, y cortaste los cabellos. A mí no me has pegado nunca, y cuantos hay aquí y tú también, fijaos en mí, si en todo el cuerpo tengo alguna señal de paliza; ni te aconsejaría que fueses tan atrevido que me pusieses la mano encima que, por la cruz de Cristo, te abofetearía. Ni tampoco me cortaste los cabellos, que yo lo haya sentido o lo haya visto, pero tal vez lo hiciste sin que me diese cuenta; déjame ver si los tengo cortados o no.

Y quitándose los velos de la cabeza, mostró que cortados no los tenía, sino enteros; las cuales cosas viendo y oyendo los hermanos y la madre, comenzaron a decirle a Arriguccio:

–¿Qué dices, Arriguccio? Esto no es ya lo que nos viniste a decir que habías hecho; y no sabemos cómo puedes probar lo que queda.

Arriguccio estaba como quien soñase, y quería hablar; pero viendo que lo que creía que podía probar no era así, no se atrevía a decir nada.

La mujer, volviéndose a sus hermanos, dijo:

–Hermanos míos, veo que ha andado buscando que yo haga lo que no querría haber hecho nunca, esto es, que os cuente sus miserias y su maldad; y lo haré. Creo firmemente que lo que os ha contado le haya pasado, y oíd cómo. Este hombre de pro, a quien por mi mal me disteis por mujer, que se dice mercader y que quiere ser respetado y que debería tener más templanza que un religioso y más honestidad que una doncella, pocas son las noches que no vaya emborrachándose por las tabernas, y ahora con esta mala mujer, ahora con aquélla enredándose; y a mí se me hace hasta medianoche y a veces hasta el amanecer esperándole de la manera que me habéis encontrado. Estoy segura de que, estando bien borracho, se fue a la cama con alguna mujerzuela y a ella, al despertarse, le encontró el cordel en el pie y luego hizo todas esas gallardías que dice, y por último volvió a ella y la pegó y le cortó los cabellos; y no habiendo vuelto en sí todavía, se creyó, y estoy segura de que lo cree todavía, que estas cosas me las había hecho a mí; y si os fijáis bien en su cara, todavía está medio borracho. Pero sea lo que haya dicho de mí, no quiero que se lo toméis en cuenta más que como a un borracho; y que como yo le perdono lo perdonéis vosotros también.

Su madre, oyendo estas palabras, comenzó a alborotarse y a decir:

–Por la cruz de Cristo, hija mía, eso no debía hacerse sino que debía matarse a ese perro fastidioso y desconsiderado, que no es digno de tener una tal moza como tú. ¡Bueno está! ¡Ni aunque te hubiese recogido del fango! Mal rayo le parta si debes aguantar las podridas palabras de un comerciantucho en heces de burro que vienen del campo y salen de las pocilgas vestidos de pardillo con las calzas de campana y con la pluma en el culo y en cuanto tienen tres sueldos quieren a las hijas de los gentileshombres y de las buenas damas por mujeres, y usan armas y dicen: «Soy de los tales» y «Los de mi casa hicieron esto». Bien querría que mis hijos hubiesen seguido mi consejo, que tan honorablemente te podían colocar en casa de los condes Guido por un pedazo de pan; y en cambio quisieron darte esta valiosa joya que, siendo tú la mejor moza de Florencia y la más honesta, no se

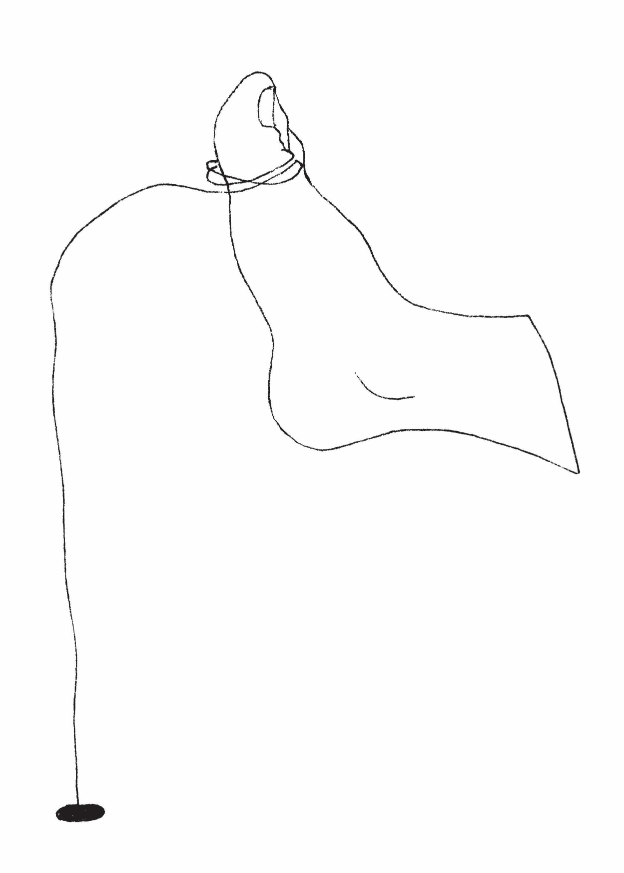
ha avergonzado de decir a medianoche que eres una puta, como si no te conociésemos; pero a fe que si me hiciesen caso se le haría un escarmiento que lo pudriese. –Y volviéndose a sus hijos, dijo–: Hijos, bien os decía yo que esto no podía ser. ¿Habéis oído cómo vuestro cuñado trata a vuestra hermana, ese comerciantuelo de cuatro al cuarto? Que, si yo fuese vosotros, habiendo dicho lo que ha dicho de ella y haciendo lo que hace, no estaría contenta ni satisfecha mientras no lo hubiera quitado de en medio; y si yo fuese hombre en vez de mujer no querría que otro en mi lugar lo hiciese. ¡Señor, haz que le pese, borracho asqueroso que no tiene vergüenza!

Los jóvenes, vistas y oídas estas cosas, volviéndose a Arriguccio le dijeron las mayores injurias que nunca se le han dicho a ningún malvado, y por último dijeron:

–Te perdonamos ésta porque estás borracho, pero cuida de que en toda tu vida de aquí en adelante no oigamos más noticias de éstas, que si alguna nos viene a los oídos por cierto que nos la pagarás por ésta y por aquélla.

Y dicho esto, se fueron.

Arriguccio, que se quedó como estúpido, no sabiendo él mismo si lo que había hecho era verdad o si lo había soñado, sin decir una palabra más dejó a su mujer en paz; la cual no solamente con su sagacidad escapó al peligro inminente sino que se abrió el camino para poder hacer en el tiempo por venir todos sus gustos sin tener miedo al marido nunca más.



NOVELA NOVENA

El árbol encantado

Lidia, mujer de Nicostrato, ama a Pírro, el cual, para poder creerla, le pide tres cosas, todas las cuales ella le hace, y además de esto, en presencia de Nicostrato se solaza con él y a Nicostrato hace creer que no es verdad lo que ha visto.

Tanto había agradado la historia de Neifile que ni de reírse ni de hablar de ella podían dejar las señoras, aunque el rey muchas veces silencio les hubiera ordenado, habiendo mandado a Pánfilo que la suya contase; pero luego que callaron, así comenzó Pánfilo:

–No creo yo, reverendas señoras, que haya nada por grave y peligroso que sea, que a hacer no se atreva quien ardientemente ama; la cual cosa, aunque haya sido probada en muchas historias, no por ello creo que dejaré de probar mejor con una que entiendo contaros, donde oiréis sobre una señora que en sus obras tuvo mucho más favorable la fortuna que sensato el juicio. Y por ello no aconsejaría a ninguna que las huellas de quien hablar entiendo se arriesgase a seguir, porque no siempre la fortuna está dispuesta de un modo, ni todos los hombres del mundo son ofuscados igualmente.

En Argos, ciudad antiquísima de Acaya, por sus antiguos reyes mucho más famosa que grande, hubo un hombre noble el cual fue llamado Nicostrato, a quien ya cercano a la vejez la fortuna concedió por mujer a una gran señora no menos osada que hermosa, llamada por nombre Lidia. Tenía éste, como hombre noble y rico, muchos criados y perros y aves de caza, y grandísimo deleite sentía en las cacerías; y tenía entre sus otros domésticos un jovencito cortés y adornado y hermoso de cuerpo y diestro en cualquier cosa que hubiera querido hacer, llamado Pirro, a quien Nicostrato más que a ningún otro amaba y mucho se fiaba de él. De éste, Lidia se enamoró ardientemente, tanto que ni de día ni de noche podía tener el pensamiento en otra parte sino en él; del cual amor, o que Pirro no se apercibiese o que no lo quisiese, nada mostraba preocuparse. De lo que la señora un dolor intolerable llevaba en el ánimo; y del todo dispuesta a hacérselo saber llamó a una camarera suya llamada Lusca, en la cual confiaba mucho, y le dijo así:

–Lusca, los beneficios que has recibido de mí te deben hacer obediente y fiel, y por ello cuida de que lo que ahora voy a decirte, ninguna persona lo oiga nunca sino aquel a quien yo te ordene. Como ves, Lusca, yo soy mujer joven y fresca, y llena y colmada de todas las cosas que cualquiera puede desear, y en resumen, excepto de una, no puedo quejarme; y ésta es que los años de mi marido son demasiados si se miden con los míos, por la cual cosa, de aquello de que las mujeres jóvenes más disfrutan vivo poco contenta; y sin embargo, deseándolo como las otras, hace mucho tiempo que deliberé no querer (si la fortuna me ha sido poco amiga al darme tan viejo marido) ser yo enemiga de mí misma al no saber encontrar manera a mis deleites y mi salvación. Y para tenerlos tan satisfecho en esto como en las demás cosas, he tomado el partido de querer, como más digno de ello que ninguno otro, que nuestro Pirro con sus brazos los supla, y he puesto en él tanto amor que nunca me siento bien sino cuando lo veo o pienso en él; y si sin él, y sin tardanza no me reúno con él, ciertamente creo que me moriré. Y por ello, si mi vida te es cara, por el medio que mejor te parezca le significarás mi amor y también le rogarás de mi parte que le plazca venir a mí cuando tú vayas a buscarle.

La camarera dijo que lo haría de buen grado; y

cuando primero le parecieron tiempo y lugar oportunos, llevando a Pirro aparte, cuanto mejor supo, la embajada le dio de su señora. La cual cosa, oyendo Pirro, se maravilló mucho, como quien nunca de nada se había apercibido, y temió que la señora quisiera decírselo por probarlo; por lo que súbita y rudamente repuso:

–Lusca, no puedo creer que estas palabras vengan de mi señora, y por ello cuida lo que dices; y si viniesen de ella, no creo que con ánimo de cumplirlas sea; pero si con ese ánimo las dijese, mi señor me honra más de lo que merezco; no le haré tal ultraje por mi vida, y tú cuida de no hablarme de tales cosas.

Lusca, no asustada por sus duras palabras, le dijo:

–Pirro, de éstas y de cualquiera otra cosa que mi señora me ordene te hablaré cuantas veces ella me lo encomiende, te sea gustoso o molesto; pero eres un animal.

Y enfadada, con las palabras de Pirro se volvió a la señora, la cual, al oírlas deseó morir; y luego de algunos días volvió a hablar a la camarera y dijo:

–Lusca, sabes que con el primer golpe no cae la encina; por lo que me parece que vuelvas de nuevo a aquel que en mi perjuicio inusitadamente quiere ser leal, y hallando tiempo conveniente, muéstrale enteramente mi ardor e ingéniate en todo en hacer que la cosa tenga efecto, porque si así se dejase, yo me moriré y él se creería que había sido por probarlo; y de lo que buscamos que es su amor se seguiría odio.

La camarera consoló a la señora y, buscando a Pirro, lo encontró alegre y bien dispuesto, y así le dijo:

–Pirro, yo te mostré pocos días ha en qué gran fuego tu señora y mía está por el amor que te tiene, y ahora otra vez te lo repito, que si tú en la dureza que el otro día mostraste sigues, vive seguro de que vivirá poco; por lo que te ruego que te plazca consolarla en su deseo; y si en tu obstinación continuases emperrado, cuando yo por sabio te tenía, te tendré por un bobalicón. ¿Qué gloria puede serte mayor que una tal señora, tan hermosa, tan noble, tan rica, te ame sobre todas las cosas? Además de esto, ¡cuán obligado debes sentirte a tu fortuna pensando que te ha puesto delante tal cosa, para los deleites de tu juventud apropiada, y aun semejante refugio para tus necesidades! ¿Qué semejante tuyo conoces que en cuanto a deleite esté mejor que tú estarás, si eres sabio? ¿Cuál otro encontrarás que en armas, en caballos, en ropas y en dineros pueda estar como tú estarás, si quieres concederle tu amor? Abre, pues, el ánimo a mis palabras y vuelve en ti; acuérdate de que puede suceder sólo una vez que la fortuna salga a tu encuentro con rostro alegre y con los brazos abiertos; la cual, quien entonces no sabe recibirla, al hallarse luego pobre y mendigo, de sí mismo y no de ella debe quejarse. Y además de esto, no se debe la misma lealtad usar entre los servidores y los seño-

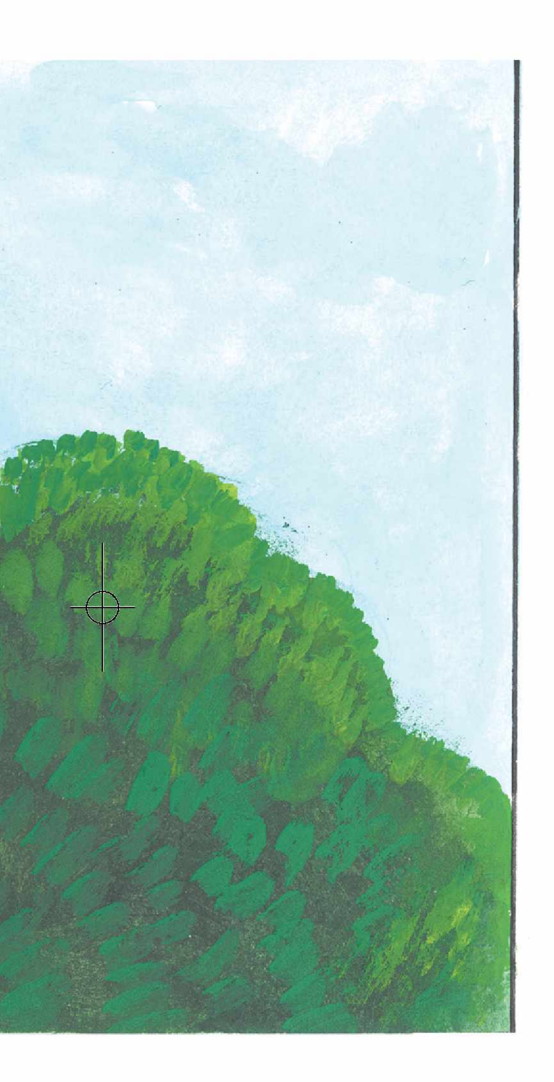
res que se usa entre los amigos y los parientes; tal deben tratarlos los servidores, en lo que pueden, como son tratados por ellos. ¿Esperas tú, si tuvieses mujer hermosa o madre o hija o hermana que gustase a Nicostrato, que él iba a tropezar en la lealtad que quieres tú guardarle con su mujer? Necio eres si lo crees; ten por cierto que si las lisonjas y los ruegos no bastasen, fuera lo que fuese lo que pudiera parecerte, usaría la fuerza. Tratemos, pues, a ellos y a sus cosas como ellos nos tratan a nosotros y a las nuestras; toma el beneficio de la fortuna, no la alejes; sal a su encuentro y recíbela cuando viene, que por cierto si no lo haces, dejemos la muerte que sin duda seguirá de tu señora, pero tú te arrepentirás tantas veces que querrías morirte.

Pirro, que muchas veces en las palabras que Lusca le había dicho había vuelto a pensar, había tomado por partido que, si ella volviese a él otra vez, le daría otra respuesta y del todo plegarse a complacer a la señora, si pudiera asegurarse de no estar siendo puesto a prueba; y por ello repuso:

–Mira, Lusca, todas las cosas que me dices sé que son verdaderas; pero yo sé por otra parte que mi señor es muy sabio y muy perspicaz, y como pone en mi mano todos sus asuntos, mucho temo que Lidia, con su consejo y voluntad haga esto para querer probarme, y por ello, si tres cosas que yo le pida quiere hacer para esclarecerme, por cierto que nada me mandará después que yo no haga prestamente. Y las tres cosas que quiero son éstas: primeramente, que en presencia de Nicostrato mate ella misma a su bravo halcón; luego, que me mande un mechoncito de la barba de Nicostrato, y, por último, una muela de la boca de él mismo, de las más sanas.

Estas cosas parecieron duras a Lusca y a la señora durísimas; pero Amor, que es buen consolador y gran maestro de consejos, la hizo deliberar hacerlo, y por su camarera le envió a decir que aquello que le había pedido completamente haría, y pronto; y además de ello, por lo muy sabio que él reputaba a Nicostrato, dijo que en presencia suya con Pirro se solazaría y a Nicostrato haría creer que no era verdad. Pirro, pues, se puso a esperar lo que iba a hacer la noble señora; la cual, habiendo de allí a pocos días Nicostrato dado un gran almuerzo, como acostumbraba a hacer con frecuencia, a algunos gentileshombres, y habiendo ya levantado los manteles, vestida de terciopelo verde y muy adornada, y saliendo de su cámara, a aquella sala vino donde estaban ellos, y viéndola Pirro y todos los demás, se fue a la percha donde el halcón estaba, al que Nicostrato amaba tanto, y soltándolo como si en la mano lo quisiera llevar, y tomándolo por las pihuelas lo golpeó contra el muro y lo mató. Y gritándole Nicostrato: «¡Ay, mujer! ¿Qué has hecho?», nada le respondió, sino que volviéndose a los nobles hombres que con él habían comido, dijo:





–Señores, mala venganza tomaría de un rey que me afrentase, si de un halcón no tuviera el atrevimiento de tomarla. Debéis saber que esta ave todo el tiempo que debe ser prestado por los hombres al placer de las mujeres me ha quitado durante mucho tiempo; porque no apenas suele aparecer la aurora, Nicostrato está levantado y montado a caballo, con su halcón en la mano yendo a las llanuras abiertas para verlo volar; y yo, como veis, sola y descontenta, en la cama me he quedado; por la cual cosa muchas veces he tenido deseos de hacer lo que ahora he hecho, y ninguna otra razón me ha retenido sino esperar a hacerlo en presencia de hombres que justos jueces sean en mi querella, como creo que lo seréis vosotros.

Los nobles señores que la oían, creyendo que no de otra manera era su afecto por Nicostrato que lo que decían sus palabras, riendo todos y hacia Nicostrato volviéndose, que airado estaba, comenzaron a decir:

–¡Ah, qué bien ha hecho la señora al vengar su afrenta con la muerte del halcón!

Y con diversas bromas sobre tal materia habiendo ya la señora vuelto a su cámara, en risa volvieron el enojo de Nicostrato.

Pirro, visto esto, se dijo a sí mismo:

«Altos principios ha dado la señora a mis felices amores: ¡Dios haga que persevere!»

Matado, pues, por Lidia el halcón, no pasaron muchos días cuando, estando ella en su alcoba junto con Nicostrato, haciéndole caricias, con él comenzó a chancear, y él, por juego tirándole un tanto de los cabellos, le dio ocasión de poner en efecto la segunda cosa pedida por Pirro; y prestamente cogiéndole por un pequeño mechón de la barba, y riendo, tan fuerte le tiró que se lo arrancó todo del mentón; de lo que quejándose Nicostrato, ella dijo:

–¿Y qué tienes que poner tal cara porque te he quitado unos seis pelos de la barba? ¡No sentías lo que yo cuando me tirabas poco ha de los cabellos!

Y así continuando de una palabra en otra su solaz, la mujer cautamente guardó el mechón de la barba que le había arrancado, y el mismo día la mandó a su querido amante. La tercera cosa le dio a la señora más que pensar, pero también (como a quien era de alto ingenio y amor la hacía tener más) encontró el modo que debía seguir para darle cumplimiento. Y teniendo Nicostrato dos muchachitos confiados por su padre para que en casa, aunque fuesen gentileshombres, aprendiesen buenas maneras, de los cuales, cuando Nicostrato comía, el uno le cortaba en el plato y el otro le daba de beber, haciendo llamar a los dos, les dio a entender que les olía la boca y les enseñó que,

cuando sirviesen a Nicostrato, echasen la cabeza hacia atrás lo más que pudieran, y no le dijesen esto nunca a nadie.
Los jovencitos, creyéndolo, comenzaron a seguir aquella manera que la señora les había enseñado; por lo que ella una vez preguntó a Nicostrato:
–¿Te has dado cuenta de lo que hacen estos muchachitos cuando te sirven?
Dijo Nicostrato:
–Claro que sí, así les he querido preguntar que por qué lo hacían.
La señora le dijo:
–No lo hagas, que yo te lo diré, y te lo he ocultado mucho tiempo para no disgustarte; pero ahora que me doy cuenta de que otros comienzan a percatarse, ya no debo ocultártelo. Esto no te sucede sino porque la boca te hiede fieramente, y no sé cuál será la razón, porque esto no solía ser; y ésta es cosa feísima, teniendo que tratar tú con gentileshombres, y por ello se debía ver el modo de curarla.
Dijo entonces Nicostrato:
–¿Qué podría ser ello? ¿Tendré en la boca alguna muela estropeada?
A quien Lidia dijo:
–Tal vez sí.
Y llevándolo a una ventana le hizo abrir bien la boca y luego de que le hubo de una parte y otra mirado, dijo:
–Oh, Nicostrato, ¿y cómo puedes haberla sufrido tanto? Tienes una de esta parte la cual, a lo que me parece, no solamente está dañada, sino que está toda podrida, y con seguridad si la tienes en la boca estropeará las que están al lado; por lo que te aconsejaría que te la sacases antes de que el asunto vaya más adelante.
Dijo entonces Nicostrato:
–Puesto que te parece así, y ello me agrada, mándese sin tardanza por un maestro que me la saque.
A quien la señora dijo:
–No plazca a Dios que por esto venga un maestro; me parece que está de manera que sin ningún maestro yo misma te la arrancaré óptimamente. Y, por otra parte, estos maestros son tan crueles al hacer estos servicios que el corazón no me sufriría de ninguna manera verte o saberte en las manos de ninguno; y por ello quiero absolutamente hacerlo yo misma, que al menos, si te duele demasiado yo te soltaré incontinenti, cosa que el maestro no haría.
Haciéndose, pues, traer los instrumentos propios de tal servicio y haciendo salir de la cámara a todas las personas, solamente retuvo consigo a Lusca; y encerrándose dentro hicieron echarse a Nicostrato sobre una mesa y poniéndole las tenazas en la boca y cogiéndole una muela, por muy fuerte que él de dolor gritase, sujetado firmemente por la una la otra le arrancó una muela a viva fuerza; y guardándola y cogiendo otra que cuidadosamente dañada Lidia tenía en la mano, a él doliente y casi medio muerto se la mostraron diciendo:
–Mira lo que has tenido en la boca hace tanto tiempo.
Creyéndolo él, aunque gravísimo dolor aguantado hubiese y mucho se quejase, sin embargo, luego que fuera estaba, le pareció estar curado, y con una cosa y con otra reconfortado, aliviándose su dolor, salió de la cámara.
La señora, tomando la muela, enseguida a su amante la mandó; el cual, ya seguro de su amor, se ofreció dispuesto a todo su gusto. La señora, deseando asegurarlo más y pareciéndole aún cada hora mil antes de estar con él, queriendo lo que le había prometido cumplir, fingiendo estar enferma y estando

un día después de comer Nicostrato visitándola, no viendo con él a nadie más que a Pirro, le rogó, para alivio de sus molestias, que la ayudase a ir hasta el jardín. Por lo que Nicostrato de uno de los lados y Pirro del otro cogiéndola, la llevaron al jardín y en un pradecillo al pie de un buen peral la dejaron; donde estando sentados algún rato, dijo la señora, que ya había hecho informar a Pirro de lo que tenía que hacer:
–¡Pirro, tengo gran deseo de tener algunas de aquellas peras, y así súbete allá arriba y échame unas cuantas!
Pirro, prestamente subiendo, comenzó a echar abajo peras, y mientras las echaba, comenzó a decir:
–Eh, mi señor, ¿qué es eso que hacéis? ¿Y vos, señora, cómo no os avergonzáis de sufrirlo en mi presencia? ¿Creéis que sea ciego? Vos estabais hace un momento muy enferma, ¿cómo os habéis curado tan pronto que hagáis tales cosas? Las cuales, si las queréis hacer tenéis tantas hermosas alcobas; ¿por qué no os vais a alguna de ellas a hacer esas cosas? Y será más honesto que hacerlo en mi presencia.
La señora, volviéndose al marido, dijo:
–¿Qué dice Pirro? ¿Desvaría?
Dijo entonces Pirro:
–No desvarío, no, señora; ¿no creéis que vea?
Nicostrato se maravillaba fuertemente, y dijo:
–Pirro, verdaderamente creo que sueñas.
A quien Pirro repuso:
–Señor mío, no sueño nada, y vos tampoco soñáis; sino que os meneáis tanto que si así se menease este peral ninguna pera quedaría en él.
Dijo la señora entonces:
–¿Qué puede ser esto? ¿Podría ser verdad que le pareciese verdad lo que dice? Así me guarde Dios si estuviera sana como lo estaba antes, que subiría allí arriba para ver qué maravillas son esas que éste dice que ve.
Pero Pirro, arriba en el peral, hablaba y continuaba este discurso; a quien Nicostrato dijo:
–Baja aquí.
Y él bajó; y le dijo:
–¿Qué dices que ves?
Dijo Pirro:
–Creo que me tenéis por estúpido o por desvariado; os veía a vos encima de vuestra mujer, puesto que debo decirlo; y luego, al bajar, os vi levantaros y poneros así donde estáis sentados.
–Ciertamente –dijo Nicostrato–, eres estúpido en esto, que no nos hemos movido un punto desde que subiste al peral, de como tú ves.
Al cual dijo Pirro:
–¿Por qué vamos a hacer una cuestión? Que os vi, os vi, pero os vi sobre lo vuestro.
Nicostrato se maravillaba más a cada momento, tanto que dijo:
–¡Bien quiero ver si ese peral está encantado y quien está ahí arriba ve maravillas!
Y se subió a él; y en cuanto estuvo arriba su mujer junto con Pirro empezaron a solazarse. Lo que viendo Nicostrato comenzó a gritar:
–¡Ay, mala mujer! ¿Qué estás haciendo? ¿Y tú, Pirro, de quien yo más fiaba?
Y diciendo esto comenzó a bajar del peral.
La señora y Pirro decían:
–Estamos aquí sentados.
Y al verlo bajar volvieron a sentarse en la misma guisa que él dejado los había. Al estar abajo Nicostrato y verlos donde los había dejado, comenzó a injuriarlos. Y Pirro le decía:

–Nicostrato, ahora verdaderamente reconozco yo que, como vos decíais antes, vi engañosamente mientras estaba subido al peral; y no lo conozco por otra cosa sino por ésta, que veo y sé que equivocadamente habéis visto vos. Y que yo digo la verdad nada puede demostrároslo sino tener sensatez y pensar por qué motivo vuestra mujer, que es honestísima y más prudente que ninguna, si quisiera con tal cosa haceros ultraje, iría a hacerlo bajo vuestros ojos; nada quiero decir de mí, que primero me dejaría descuartizar que pensar en ello, no ya que viniese a hacerlo en presencia vuestra. Por lo que, por cierto, la maña de este falso ver debe proceder del peral, porque nada en el mundo me hubiese hecho creer que vos no estuvisteis aquí yaciendo carnalmente con vuestra mujer si no os oyera decir qué os ha parecido que yo he hecho lo que estoy certísimo de que, no ya nunca lo hice, sino que ni lo pensé.
La señora, después, que como toda enojada se había puesto en pie, comenzó a decir:
–Mala ventura haya si me tienes por tan poco sensata que, si quisiera llegar a esas miserias que tú dices haber visto viniera a hacerlas delante de tus ojos. Está seguro de esto, de que si alguna vez el deseo me viniera, no vendría aquí, sino que me creería capaz de estar escondidamente en una de nuestras alcobas, de guisa y de manera que asombroso me parecía que tú nunca llegases a saberlo.
Nicostrato, a quien verdadero parecía lo que decían el uno y el otro, que delante de él a tal acto no iban a haberse dejado ir, dejando las palabras y las reprensiones sobre aquel asunto, comenzó a razonar sobre la extrañeza del hecho y del milagro de la vista que así cambiaba a quien subía encima. Pero la señora, que de la opinión que Nicostrato mostraba haber tenido de ella se mostraba airada, dijo:
–Verdaderamente este peral no hará ninguna más, ni a mí ni a otra mujer, de estas deshonras, si yo puedo; y por ello, Pirro, ve y busca un hacha y en un punto a ti y a mí vénganos cortándolo, aunque mucho mejor estaría darle con ella en la cabeza a Nicostrato, que sin consideración alguna tan pronto se dejó cegar los ojos del intelecto; que, aunque a los que tienes en la cara les pareciese lo que dices, por nada debías haber consentido ni creído con el juicio de tu mente que fuese así.
Pirro, prestísimo, fue por el hacha y cortó el peral, el que como la señora viese caído, dijo a Nicostrato:
–Pues que veo abatido al enemigo de mi honestidad, mi ira se ha terminado.
Y a Nicostrato, que se lo rogaba, benignamente perdonó ordenándole que no le sucediese pensar de aquella que más que a ella le amaba, semejante cosa nunca más. Así, el mísero marido escarnecido, junto con ella y con su amante se volvieron a su casa, en la cual, luego, muchas veces Pirro de Lidia y ella de él, con más calma disfrutaron placer y deleite. Dios nos lo dé a nosotros.

NOVELA DECIMA

El aparecido

Dos sieneses aman a una mujer comadre de uno, muere el compadre y vuelve al compañero según la promesa que le habían hecho, y le cuenta cómo se está en el más allá.

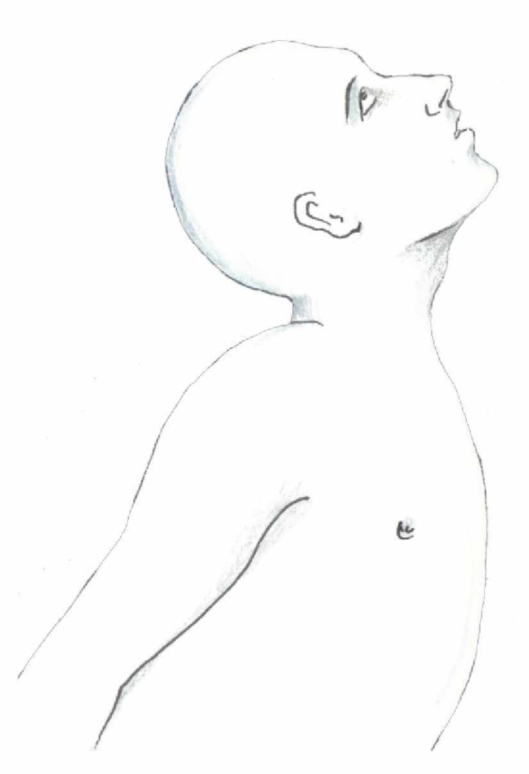
Quedaba solamente al rey tener que novelar; el cual después que vio a las señoras calmadas (que se dolían del peral cortado, que no había tenido culpa), comenzó:

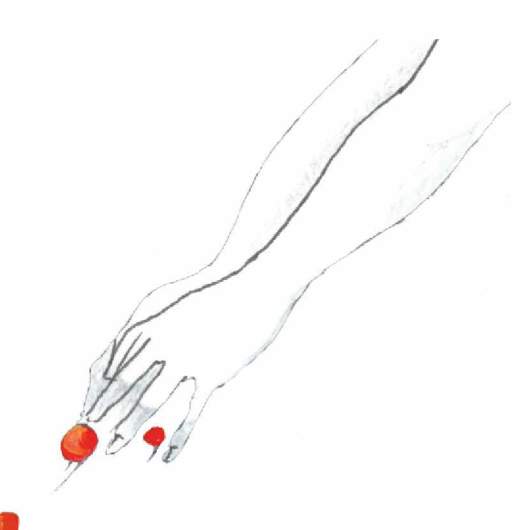
–Manifestísima cosa es que todo justo rey el primer guardador debe ser de las leyes hechas por él, y si otra cosa hace, siervo digno de castigo y no rey debe juzgarse; en el cual pecado y reprimenda a mí, que vuestro rey soy, como obligado me conviene caer. Es verdad que ayer di yo la ley para nuestros razonamientos de hoy, con intención de no querer este día usar de mi privilegio sino sujetarme con vosotros a ella y razonar de aquello que todos habéis razonado; pero no solamente ha sido contado aquello sobre lo que yo imaginaba que iba a hablar, sino que han sido dichas sobre ello tantas otras cosas y tanto mejores, que yo, en cuanto a mí, por mucho que en la memoria busque, recordar no puedo ni saber que sobre tal materia algo pueda decir que a las contadas pueda compararse. Y por ello, debiendo contravenir la ley por mí mismo dada, como digno de castigo, desde ahora a toda reparación que me sea ordenada me declaro aparejado, y a mi acostumbrado privilegio volveré; y digo que la historia dicha por Elisa sobre el compadre y la comadre, y también la mentecatez de los sieneses, tienen tanta fuerza, carísimas señoras que, dejando las burlas que a sus maridos necios hacen las mujeres discretas, me llevan a contaros una historieta sobre ellos la cual, aunque en sí tenga mucho de lo que no debe creerse, no menos será en parte placentera de escuchar.

Hubo, pues, en Siena, dos jóvenes pueblerinos de los cuales uno tuvo por nombre Tingoccio Mini y el otro fue llamado Meuccio de Tura; y casi nunca estaban el uno sin el otro, y a lo que parecía se amaban mucho. Y yendo, como los hombres van, a la iglesia y a los sermones, muchas veces oído habían la gloria y la miseria que a las almas de quienes morían era según sus méritos, concedida en el otro mundo; de las cuales cosas deseando saber segura noticia, y no encontrando el modo, se prometieron el uno al otro que quien primero de ellos muriese, al que quedase vivo volvería si podía y le daría noticia de lo que deseaba; y esto lo confirmaron con juramento.

Habiéndose, pues, esta promesa hecho y continuando juntos, como se ha dicho, sucedió que Tingoccio emparentó como compadre con un Ambruoggio Anselmini, que estaba en Camporeggi; el cual, de su mujer llamada doña Mita había tenido un hijo. El cual Tingoccio, junto con Meuccio visitando alguna vez a esta su comadre, que era una hermosísima y atrayente mujer, no obstante el compadrazgo se enamoró de ella; y Meuccio semejantemente, placiéndole ella mucho y mucho oyéndola alabar a Tingoccio, se enamoró de ella. Y en este amor el uno se ocultaba del otro, pero no por la misma razón: Tingoccio se guardaba de descubrirlo a Meuccio por la maldad que a él mismo le parecía ser amar a su comadre, y se habría avergonzado de que alguien lo hubiera sabido; Meuccio no se guardaba por esto sino porque ya se había apercibido de que le placía a Tingoccio, por lo que decía: «Si yo le descubro esto, tomará celos de mí, y pudiéndole hablar cuanto guste, como compadre, en lo que pueda la hará odiarme, y así nunca nada que me plazca tendré de ella». Ahora, amando estos dos jóvenes como se ha dicho, sucedió que Tingoccio, a quien era más fácil poder abrir a la mujer todos sus deseos, tanto supo hacer con actos y con palabras que consiguió de ella su gusto; de lo que Meuccio bien se percató, y aunque mucho le desagradase, sin embargo, esperando alguna vez llegar al objeto de su deseo, para que Tingoccio no tuviera

materia ni ocasión de estropear o impedir algún asunto suyo, hacía semblante de no enterarse. Amando, así, los dos compañeros, el uno más felizmente que el otro, sucedió que, encontrando Tingoccio en las tierras de la comadre el terreno blando, tanto labró y tanto cavó en él que le vino una enfermedad, la cual después de algunos días se agravó tanto que, no pudiendo soportarla, se fue al otro mundo. Y ya difunto, tres días después, que tal vez primero no había podido, vino, según la promesa hecha, una noche a la alcoba de Meuccio, al cual, que dormía profundamente, llamó. Meuccio, despertándose, dijo:
–¿Quién eres tú?
A quien respondió:
–Soy Tingoccio que, según la promesa que te hice, he vuelto a darte noticias del otro mundo.
Algo se espantó Meuccio al verlo, pero tranquilizándose luego dijo:
–¡Seas bienvenido, hermano mío!
Y luego le preguntó si se había perdido; al que Tingoccio repuso:
–Perdidas están las cosas que no se encuentran: ¿y cómo iba a estar yo aquí en medio si estuviera perdido?
–¡Ah! –dijo Meuccio–, yo no digo eso: sino que te pregunto si estás entre las almas condenadas en el fuego atormentador del infierno.
A quien Tingoccio repuso:
–Eso no, pero sí estoy, por los pecados cometidos por mí, en penas gravísimas y muy angustiosas.
Preguntó entonces Meuccio particularmente a Tingoccio qué penas se daban allá por cada uno de los pecados que aquí se cometen; y Tingoccio se las dijo todas. Luego le preguntó Meuccio si él podía aquí hacer por él alguna cosa; a quien Tingoccio respondió que sí, y era que hiciera decir por él misas y oraciones y dar limosnas, porque estas cosas mucho ayudaban a los de allá. A quien Meuccio dijo que lo haría de buena gana; y separándose Tingoccio de él, Meuccio se acordó de la comadre, y levantando algo la cabeza, dijo:
–Ahora que me acuerdo, oh Tingoccio: ¿por la comadre con la que te acostabas cuando estabas aquí, qué pena te han dado allá?
A quien Tingoccio repuso.
–Hermano mío, cuando llegué allí, había uno que parecía que todos mis pecados sabía de memoria, el cual me mandó que fuese a aquel lugar (donde lloré con grandísimas penas mis culpas), donde encontré a muchos amigos a la misma pena que yo condenados; y estando yo entre ellos, y acordándome de lo que había hecho con la comadre, y esperan-





do por ello mucha mayor pena que la que me había sido dada, aunque estuviese en un gran fuego y muy ardiente, todo de miedo temblaba. Lo que sintiendo uno que había a mi lado, me dijo: «¿Qué tienes más que los demás que aquí están que tiemblas estando en el fuego?». «¡Oh! –dije yo–, amigo mío, tengo gran miedo del juicio que espero de un gran pecado que he hecho.» Aquél me preguntó entonces que qué pecado era aquél; y le dije: «El pecado fue tal, que me acostaba con una comadre mía: y tanto me acosté que me despellejé». Y él entonces, burlándose de aquello, me dijo: «Anda, tonto, no temas, que aquí no se lleva ninguna cuenta de las comadres», lo que oyéndolo yo, todo me tranquilicé.

Y dicho esto, acercándose el día, dijo:

–Meuccio, quédate con Dios, que yo no puedo ya estar contigo –y súbitamente se fue.

Meuccio, habiendo oído que ninguna cuenta se llevaba de las comadres, comenzó a burlarse de su necedad, pues ya había dejado pasar a unas cuantas; por lo que, abandonando su ignorancia, en aquello en adelante fue sabio. Las cuales cosas, si fray Rinaldo las hubiese sabido, no habría tenido necesidad de andar con silogismos cuando persuadió a hacer su gusto a su buena comadre.

Estaba Céfiro siendo levantado por el sol que al poniente se avecinaba cuando el rey, terminada su historia y no quedándole nada por decir, quitándose la corona de la cabeza, sobre la cabeza la puso de Laureta, diciendo:

–Señora, con vos misma os corono reina de nuestra compañía; aquello que de ahora en adelante creáis que sea placer y consuelo de todos, como señora mandaréis –y volvió a sentarse.

Laureta, hecha reina, hizo llamar al senescal, a quien ordenó que mandase que en el placentero valle un tanto antes de lo acostumbrado se pusiesen las mesas, para que después con tiempo se pudiera volver a la casa; y luego, lo que tenía que hacer mientras su gobierno durase, le expuso. Luego, vuelta a la compañía, dijo:

–Dioneo quiso ayer que hoy se hablase de las burlas que las mujeres hacen a sus maridos; y si no fuese que yo no quiero mostrar ser de casta de can gruñidor, que incontinenti quiere vengarse, diría yo que mañana se razonase sobre las burlas que los hombres hacen a sus mujeres. Pero dejando esto, digo que cada uno piense en contar burlas de esas que todos los días o la mujer al hombre o el hombre a la mujer, o un hombre a otro hombre hacen; y creo que sobre esto será no menos placentero razonar que ha sido hoy.

Y dicho esto, poniéndose en pie, hasta la hora de la cena licenció a la compañía. Levantándose, pues, las señoras y los hombres por igual, algunos de ellos, descalzos, comenzaron a andar por el agua clara y otros entre los bellos y derechos árboles sobre el verde prado se andaban entreteniendo. Dioneo y Fiameta un buen rato cantaron juntos sobre Arcita y Palemón; y así, en varios y diversos deleites recreándose, el tiempo hasta la hora de la cena con grandísimo placer pasaron; venida la cual, y a lo largo del pequeño piélago puestas las mesas, allí al canto de mil pájaros, refrescados siempre por un aura suave que de aquellas montañitas de alrededor nacía, sin ninguna mosca, reposadamente y con alegría cenaron. Y levantadas las mesas, luego de que algún tiempo por el placentero valle hubieron dado vueltas, estando ahora el sol alto a medio crepúsculo, como plugo a su reina, hacia su acostumbrada morada con lento paso volvieron a ponerse en camino, y bromeando y charlando de mil cosas, tanto de las que durante el día se había hablado como de otras, a la hermosa casa, bastante cerca de la noche, llegaron. Donde con fresquísimos vinos y con dulces alejando la fatiga del escaso camino, en torno de la bella fuente ahora rompieron a danzar, unas veces al son de la cornamusa de Tíndaro y otras a otros sones carolando; pero al final la reina ordenó a Filomena que cantase una canción, la cual comenzó así:

¡Ay de mi infeliz vida!
¿Alguna vez podría regresar
al lugar del que fui desposeída?
No estoy segura, y es tan ardoroso
el afán de mi pecho
por retornar a do vivir solía,
oh caro bien, oh mi único reposo,
que me tiene maltrecho.
¡Ah, dime tú, que no preguntaría
a otro, ni sabría!
Ah, señor mío, házmelo esperar,
que es el consuelo de mi alma afligida.
No sé bien repetir cuál fue el placer
que me tiene infamada
sin poder descansar noche ni día,
porque el sentir, el escuchar y el ver,
con fuerza desusada,
cada uno en su hoguera me encendía,
donde ardo todavía:
y sólo tú me puedes animar
y devolverme la virtud perdida.
¡Ah, dime tú si ocurrirá algún día
que te encuentre quizás
donde los ojos que causan mi duelo;
dímelo, caro bien, dulce alma mía,
dime cuándo vendrás,
que al decir «Pronto» ya me das consuelo;
pase el tiempo en un vuelo
que he de esperarte, y largo sea tu estar,
para curarme, que es grande mi herida!
Si sucede que alguna vez te tenga
no sé si seré loca
como antes fui y te dejaré partir,
te retendré, y que venga lo que venga,
pues de la dulce boca
mi deseo se debe bien nutrir;
no más quiero decir;
así, ven pronto, venme ya a abrazar,
que con pensarlo el canto cobra vida.

Juzgar hizo esta canción a toda la compañía que un nuevo y placentero amor a Filomena asediase; y porque por sus palabras parecía que más hubiera probado de él que la sola vista, teniéndola por muy feliz, envidia le tuvieron algunos de los que allí estaban.
Pero luego de que su canción hubo terminado, acordándose la reina de que el día siguiente era viernes, así a todos placenteramente dijo:
–Sabéis, nobilísimas señoras, y vosotros jóvenes, que mañana es el día que a la pasión de Nuestro Señor está consagrado, el cual, si bien os acordáis, devotamente celebramos siendo reina Neifile; y las entretenidas narraciones suspendimos; y lo mismo hicimos el sábado subsiguiente. Por lo que, queriendo el buen ejemplo dado por Neifile seguir, estimo que honesta cosa sea que mañana y el día siguiente, como los pasados días hicimos, nos abstengamos de nuestro deleitoso novelar, trayendo a la memoria lo que en semejantes días por la salvación de nuestras almas sucedió.
Plugo a todos el devoto hablar de su reina; por la cual dados licencia, habiendo ya pasado buen pedazo de la noche, todos se fueron a reposar.

TERMINA LA SÉPTIMA JORNADA